

SILENCIO

Llegada la plenitud de los tiempos, en el silencio de la Santísima Virgen María, “la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (*Jn* 1,14).

Para que la Palabra pudiera darse, fue necesario un silencio fecundo. Y para que la Palabra de Dios permanezca, sólo el silencio operante y luminoso lo hace posible.

En la historia de la Salvación la Palabra de Dios es ante todo un hecho de experiencia: Dios habla directamente a los hombres de su pueblo por medio de los Profetas. A unos habla por una inspiración interior indefinible, a otros en visiones y en sueños, a Moisés le habla “cara a cara”. Para los Profetas, la Palabra de Dios es el hecho que determina el sentido de sus vidas. Esta constatación se evidencia en el Nuevo Testamento, que en la Carta a los Hebreos dice: “Después de haber hablado antiguamente a nuestros padres por medio de los profetas, en muchas ocasiones y de diversas maneras, ahora en el tiempo final, Dios habló por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo el mundo” (*Hb* 1,1-2).

Ante el hecho de la Palabra de Dios, el hombre no puede permanecer pasivo. Dios interpela exigiendo respuesta del hombre. Es imprescindible que el hombre opte ante el hecho salvífico de la Palabra revelada. Los Evangelios refieren, por ejemplo, la parábola de la semilla, donde la Palabra es el Evangelio del Reino que es acogida diversamente por los distintos interlocutores: todos “escuchan”, pero quienes la “comprenden” son favorecidos por el fruto que produce (cfr. *Mt* 13,3 y sig.; *Mc* 4,1 y ss.; *Lc* 8,4 y ss.).

Tomar posición u optar frente a Dios, frente a la persona de Jesús o frente a la Palabra, es una misma cosa. Quien cree en la Palabra, quien reconoce al Verbo de Dios y lo recibe, entra por él en una vida nueva de hijo de Dios (cfr. *Jn* 1,12); quien rechaza la Palabra, quien desconoce al Verbo, permanece en las tinieblas del mundo (cfr. *Jn* 3,17-20). El destino a la plenitud de la Vida depende de la respuesta del hombre a la Palabra.

Nuestra vida de redimidos supone un estar en total consonancia con la Palabra. Ser Palabra de Dios es vocación de todo bautizado. Vivir amando como Jesús nos amó, hasta dar la vida si fuera el caso, es la respuesta existencial a la Palabra. “Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros. Así como yo los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros” (*Jn* 13,34). Este amor fraterno, vivido fielmente, es el testimonio a través del cual el mundo creerá que Jesús es el Señor, el Mesías (cfr. *Jn* 17,21). “En esto todos reconocerán que son mis discípulos: en el amor que ustedes se tengan los unos a los otros” (*Jn* 13,35).

Este amor mutuo no es, ciertamente, un mero sentimiento. Se trata en verdad de una donación total y desinteresada a los demás por amor a Dios. Este mismo hecho es posible por la gracia misericordiosa del Señor. “Por el Bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva... considérense como muertos al pecado, y vivos para Dios, en Cristo Jesús” (*Rm* 6,4 y 11; cfr. *Ga* 2,20; *Flp* 1,21; *Col* 3,3).

Sin embargo, nuestra condición de pecadores, nuestra debilidad, nos lleva muchas veces a ser corno la negación del amor; y nuestro testimonio se desvirtúa y llega a ser opuesto al amor.

¹³⁷ Vicario General de Chascomús.

Se puede constatar que uno de los pecados más comunes y de mayor repercusión o expansión en la intimidad eclesial es, lamentablemente, el pecado de la lengua...

Dice San Buenaventura: “¿Queréis oír, queréis saber cuántos males salen de la lengua si no se la protege con cuidado? Óyeme y te lo diré. De la lengua salen la blasfemia, la murmuración, la defensa del pecado, el falso juramento, la mentira, la difamación, la adulación, la maldición, la injuria, la porfía, la burla de los buenos, el mal consejo, el chismorreio, la jactancia, la revelación del secreto, la amenaza indiscreta, la promesa imprudente, la conversación larga, la grosería...”.

Este enunciado letánico de algunos pecados posible que profiere la lengua evidencian el tormento febril que daña al individuo y a la comunidad.

Como nos enseña la Sagrada Escritura, la lengua es fuente de bienes y de males, pues “con ella bendecimos al Señor, nuestro Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a imagen de Dios. De la misma boca salen la bendición y la maldición” (*St 3,9-10*).

De ninguna manera se niegan los beneficios que nacen de quien equilibradamente y en fidelidad a los dones divinos por medio de la lengua canta las alabanzas del Señor y bendice su santo Nombre. Una palabra dicha oportunamente puede ser instrumento de alegría, de justicia, de paz, pero “hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar” (*Eclesiástico 3,7*) y es propio de los sabios “estar dispuestos a escuchar y ser lentos para hablar” (*St 1,19*). El redimido que habla bajo la acción del Espíritu Santo, puede edificar, exhortar y consolar a sus hermanos (cfr. *1 Co 14,3*), pues su palabra expresará entonces la Palabra de Dios.

Sin embargo, para lograr vivir en el amor de Dios se hace urgente saber dominar la lengua, ya que “si alguien no falta con palabras es un hombre perfecto, porque es capaz de dominar toda su persona” (*St 3,2 b*).

Dice San Juan Crisóstomo: “(El demonio) acostumbra a herirnos por todas partes, pero en primer lugar en la lengua y los labios. No existe órgano más a propósito para el fraude y para nuestro daño que una lengua intemperante y unos labios abiertos. De ahí nos vienen tantas caídas y de ahí nacen crímenes tan graves. Alguien declaró lo fácil que es pecar con la boca: ‘Más vale resbalar en el piso que con la lengua; así es como de repente caen los malvados’ (*Eclesiástico 20,18*)...”.

Aún en medio del pecado, sabemos que “Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman” (*Rm 8,28*), y el mismo pecado de Adán mereció para la humanidad que el Salvador derramara su Sangre en la Cruz... “Que canten nuestras voces la victoria de este glorioso combate; que celebren el triunfo de Cristo en el nuevo trofeo de la Cruz, donde el Redentor del mundo se inmoló como vencedor... El Creador tuvo compasión de Adán, nuestro padre pecador...” (Liturgia del Viernes Santo).

Por eso, destaquemos la virtud que ha de vencer al vicio. Gustemos y valoremos el silencio del “Padre que está en lo secreto” (*Mt 6,1. 8 y 18*).

“Una Palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma” (san Juan de la Cruz: “Dichos de luz y amor”).

La virtud del silencio no consiste en dejar de hablar, sino en saber hablar bajo los impulsos del Espíritu Santo, en el tiempo que el Padre juzgue oportuno, para que nuestra palabra sea imagen del Verbo Eterno.

Por medio del hablar diario, existencial, el hombre se revela a sí mismo, se manifiesta tal cual es. Dime cual es tu lenguaje y te diré quien eres. Para lo cual en primer lugar “No temas al silencio. La locuacidad extremosa es el signo más palmario de un hombre sin personalidad. Se

busca fuera lo que no se encuentra dentro” (*El Pez*, 202).

Ante la confianza en el valor prioritario del silencio, necesariamente hemos de “ser lentos para hablar” (*St* 1,19) y lo haremos recién cuando sepamos qué se ha de hablar. Y así el primer aviso que da san Agustín para hablar bien dice: “La palabra primero ha de ir a la lima y luego a la lengua: primero se ha de registrar allí adentro en el corazón y limarse con la regla de la razón para que luego salga por la boca...”.

Una vez que tenemos claro el “qué” hemos de decir, será menester conocer el fin o intención que nos lleva a decir lo que pensamos. Dice san Buenaventura que “algunos hablan cosas buenas por aparecer espirituales, otros por venderse como inteligentes y bien hablados; de lo cual, lo uno es hipocresía y fingimiento, y lo otro es vanidad...”.

Además será importante considerar a quién se habla y en presencia de quién, anhelando sea vital en nosotros la palabra de la Sabiduría: “Que Dios me conceda hablar con inteligencia, y que mis pensamientos sean dignos de los dones recibidos” (7,15).

También debe tenerse en cuenta el tiempo en que se ha de hablar, ya que es fruto de la prudencia el saber decir las cosas a su tiempo. “El sabio guarda silencio hasta el momento oportuno, pero el petulante y necio no se fija en el tiempo” (*Eclesiástico* 20,7). En este aspecto debe evitarse interrumpir al que está hablando o hablar más de uno al mismo tiempo, que además de falta de educación es carencia de humildad. “No respondas antes de escuchar y no interrumpas cuando otro habla” (*Eclesiástico* 11,8).

Todavía un último elemento importante es el “cómo” se habla: el modo y el tono de voz. “A esta circunstancia del modo de hablar, dice san Buenaventura, pertenece también el hablar con serenidad del rostro, no haciendo gestos con la boca, encogiéndose o extendiendo mucho los labios, ni mostrando señales en los ojos o arrugas en la frente o en la nariz, ni meneos en la cabeza, ni hablando mucho de manos...”.

Y aunque siempre es propio del “hombre religioso” (*St* 1,26) el cuidar un buen modo en el hablar, es aún más necesario cuando se impone el amonestar o corregir, ya que si esto no se hace de buen modo no se logrará el fruto deseado. Dice san Buenaventura: “El que turbado y con cólera corrige o avisa a otro, más parece que lo hace de impaciencia y por lastimarlo que de caridad y celo de aprovecharle. No se enseña la virtud con vicio, ni la paciencia con impaciencia, ni la humildad con soberbia. Más se edificaría y aprovecharía el otro del ejemplo de vuestra paciencia y mansedumbre que de vuestras razones...”.

Dicen que “el hablar ha de ser como el agua, que ningún sabor ha de tener para que sea buena”.

Por lo que vemos son varios los elementos que deberían tenerse en cuenta al hablar, lo cual no es fácil y será verdadera virtud el SABER HABLAR con total dominio de las pasiones. Por eso siempre será de gran valor encontrar el justo equilibrio. “El que guarda su boca y su lengua, guarda su vida de las angustias” (*Pr* 21,23). Y así decía uno de los Padres: “Si fueres callado, en cualquier lugar tendrás quietud y sosiego”, y otro solía repetir muchas veces y aun cantando: “Muchas veces me pesó de haber hablado, pero ninguna de haber callado”.

Así pues, resolvámonos a cuidar muy bien nuestro proceder en el hablar, y digamos con el profeta: “Voy a vigilar mi proceder para no excederme con la lengua” (*Sal* 38,2).

Para concluir, iluminemos nuestra constante exigencia de conversión con las palabras de Jesús: “No juzguen, para no ser juzgados. Porque con el criterio con que ustedes juzguen se los juzgará, y la medida con que midan se usará con ustedes. ¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano y no ves la viga que está en el tuyo?...” (*Mt* 7,1-4).

*Chascomús. Pcia. de Buenos Aires
Argentina*

